

tificaba suficientemente esta especie de deserción? No habría valido más perder un poco de plata antes que la vida prosaica de la provincia? Qué le sucedería a la naturaleza delicada y escogida del joven, allí, en medio de gentes tan vulgares?

Haciéndose estas preguntas y otras muchas, Arnoldo de Munster seguía su marcha, sin preocuparse del camino que tomaba. Vino a sacarlo de su meditación una niebla que se volvió lluvia y comenzó a empapar su traje de caza. Quiso apurar el paso, pero mirando en torno suyo, notó que se había perdido en los senderos del bosque y en vano buscó el rumbo que debía tomar. Un primer ensayo le bastó para perderlo más. El día se concluyó, la lluvia se puso más espesa, y el joven se hundió a la ventura en los caminos desconocidos; ya lo arrastraba el desaliento, cuando un ruido de cascabeles llegó hasta él, al través de los árboles desnudos. Sobre un camino lateral apareció una yunta de bueyes, conducida por un hombre gordo, en camisa, que se dirigía hacia los senderos que él acababa de pasar.

Arnoldo se le acercó para detenerlo y le preguntó si estaba lejos de Sersberg.

—Sersberg! repitió el carretero, — me parece que no es allí donde usted dormirá esta noche.

—Perdóneme, — hablo del castillo — replicó el joven.

—El castillo de Sersberg? añadió su interlocutor — entonces ni en ferrocarril, señor! Hay seis buenas leguas de aquí a la reja: y en este tiempo y estos caminos, las seis horas valen por doce.

El joven habló. Había salido en la mañana del castillo y no pensaba alejarse tanto, pero el campesino comprendió por sus explicaciones que había seguido un falso camino desde muchas horas antes y que en la creencia de que tomaba el camino de Sersberg, había continuado al contrario.

Ya era muy tarde para reponer este error, la villa más cercana distaba una legua y Arnoldo no conocía el camino; le fué preciso aceptar el hospedaje

que le ofreció su nuevo compañero, cuya hacienda, por dicha, estaba a varios pasos. Ajustó por lo tanto, su paso al del carretero y tanteó entablar conversación con él, pero Moser era poco hablantín parecía del todo extraño a las sensaciones habituales del joven. Cuando éste le mostró el horizonte magnífico que se tendía ante sus ojos a la salida del bosque, y que las últimas pinceladas del sol poniente manchaban de púrpura, el campesino se contentó con hacer un gesto.

—Mal tiempo para mañana, murmuró acomodándose el poncho que le servía de capa.

—Desde aquí debe verse todo el valle, replicó Arnoldo que intentaba horadar las tinieblas que gateaban al pie de la colina.

—Sí, sí, dijo Moser, sacudiendo la cabeza; la cuesta endemoniada es muy alta por acá! He aquí una invención que no aprovecha mucho!

—Cuál invención?

—Cuál ha de ser!, las montañas.

—A usted le gustaría más que todo fuera planito?

—Vaya una pregunta!, gritó el campesino riéndose; es tanto como si se me preguntara si deseo mejor no reventar mis caballos.

—Justamente, dijo Arnoldo con una ironía un poco despreciativa, olvidaba los caballos! Es claro que Dios cuando crió el mundo, debía haber pensado sobre todo en ésto.

—Dios, yo no sé, repuso tranquilamente el campesino; pero con seguridad los ingenieros son culpables de olvidarlos, cuando construyen un camino. El caballo es el mejor amigo del labrador, señor... sin insultar por esto a los bueyes, que también tienen su premio.

Arnoldo miró al campesino.

—De modo que usted en lo que le rodea no ve más que el partido que puede sacarle? — le preguntó con seriedad. — El bosque, la montaña, las nubes, todo esto no dice nada a su espíritu? jamás se ha detenido a contemplar el sol poniente o el bosque alumbrado por